















































dijo, con una voz resignada, aguardentosa y desalentada—: ¿De qué estás hablando, Ellen?

—¿De verdad piensas que eres el tipo de hombre en el que debe convertirse cuando sea grande? —preguntó. (Estaba seguro de que estaba de pie en el centro de la habitación, con las manos dobladas delante de ella, de pie de forma muy recta y quieta). Y, ante el silencio de mi padre, continuó—: Ya sabes que está *creciendo* —después, agregó con malicia—: Que es mucho más de lo que puede decirse de ti.

—Vete a dormir, Ellen —respondió mi padre con voz agotada.

Ya que estaban hablando de mí, tuve la sensación de que debía bajar y decirle a Ellen que lo que fuera que estuviera mal entre mi padre y yo podíamos arreglarlo nosotros mismos y que no necesitábamos su ayuda. Y quizá, aunque parezca raro, sentí que me estaba faltando el respeto, ya que nunca le había dicho ni una palabra sobre mi padre.

Escuché sus fuertes e irregulares pasos mientras atravesaba la sala en dirección a la escalera.

—Ni pienses —continuó Ellen— que no sé dónde has estado.

—He estado bebiendo —dijo mi padre— y ahora, si no te molesta, me gustaría dormir un poco.

—Has estado con esa chica, Beatriz —le contestó Ellen—. Ahí es donde siempre estás y donde se va todo tu dinero y también tu hombría y el respeto por ti mismo.

Logró ponerlo de mal humor. Él comenzó a tartamudear.